

CUENTOS Y LEYENDAS
DE SERES
MONSTRUOSOS



Seve Calleja

TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA

© Del texto: Seve Calleja, 2014
© De la ilustración: Luis F. Sanz, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

Primera edición, enero 2014

ISBN: 978-84-678-4058-2
Depósito legal: M. 32828-2013
Impreso en España - Printed in Spain

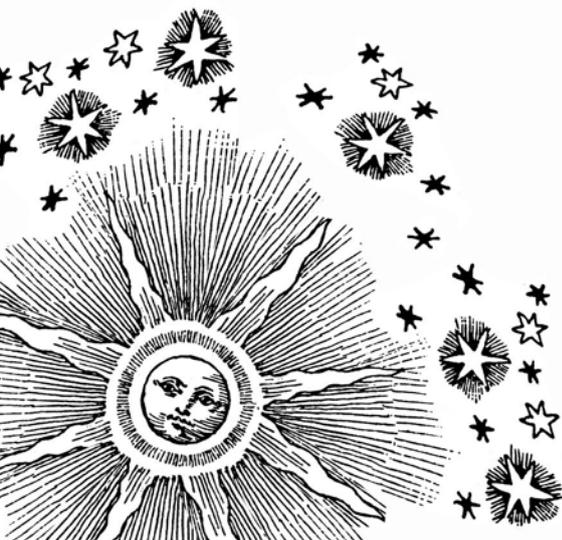
Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CUENTOS Y LEYENDAS
DE SERES
MONSTRUOSOS

Seve Calleja

*Ilustración:
Luis F. Sanz*



ANAYA

*Vosotros, los que no creéis en brujas,
ni en almas en pena, ni en tropelías de Satanás,
sentaos aquí al amor de la lumbre...*

Alejandro HERCULANO

CONTENIDO

1. Perseo contra Medusa y la bestia marina	7
2. Susano-o y la serpiente de ocho cabezas	15
3. El tercer viaje de Simbad el Marino	23
4. El toro negro de Norrøway	29
5. El hombre salvaje	37
6. El Cuerpo Sin Alma	43
7. El hombre lobo	51
8. Los dos hermanos	57
9. El caserío maldito	65
10. Vran y el ogro	71
11. El monstruo de nueve cabezas	77
12. El basilisco de Urrialdo	83
13. El tesoro y el duende	87
14. La bestia en la cueva	95
15. El gigante de Alzo	107
16. El hombre del saco	115
Apéndice	119

*Perseo contra Medusa¹
y la bestia marina*

(LEYENDA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA)

Dánae era la hija del rey Acrisio de Argos² y vivía aislada del mundo, encerrada en la torre de un palacio, pues a su padre le habían profetizado que su destino era morir a manos de un nieto suyo, así que, en cuanto Dánae llegó a la adolescencia, decidió encarcelarla para que no pudiera casarse ni engendrar hijos. «Si no tengo nietos —pensaba el rey—, me salvaré de la muerte».

Zeus³, sin embargo, logró entrar en la celda de Dánae sin que nadie se diese cuenta. Un día, la joven notó que por el techo de la torre se filtraba una extraña lluvia de oro. Dánae estaba tumbada en la cama, y las gotas fueron cayendo sobre su pecho y su vientre. Ni siquiera se molestó en retirarse, pues era agradable sentir el

¹ En la mitología griega, Medusa era una de las tres gorgonas, hijas de dos divinidades marinas. Su aspecto era el de un terrible monstruo: de la cabeza le crecían serpientes en vez de pelo, el cuerpo recubierto de escamas y, con su mirada, era capaz de convertir a la gente en piedra. (Nota del autor).

² Ciudad griega situada al noroeste del Peloponeso.

³ Dios griego que regía los fenómenos celestes y reinaba sobre los dioses del Olimpo. Corresponde al Júpiter de la mitología romana.



roce fresco de la lluvia sobre el cuerpo. ¿Cómo podía saber que Zeus se había transformado en lluvia de oro para poseerla?

Nueve meses después, Dánae dio a luz a un hijo. El rey no se lo explicaba, pues estaba seguro de que ningún hombre había entrado en la celda de su hija. Solo cuando el pequeño Perseo llegó al mundo, empezó a intuir lo que había ocurrido. Aquel niño estaba rodeado por una especie de resplandor, más propio de un dios que de un ser humano, así que Acrisio comprendió que su nacimiento tenía que ver con algún prodigio sobrenatural.

«Este es el nieto que ha de acabar conmigo», pensó con inquietud, y entonces decidió matar al niño para salvar su propia vida. Pero como no se atrevía a darle muerte por sí mismo, decidió embarcarlo junto a su madre en un cajón de madera que luego arrojó al mar. «Que los dioses decidan si deben sobrevivir o perecer», pensó el rey.

Para Dánae y Perseo, la primera noche en el mar fue terrorífica. Las olas eran tan fuertes que el cajón parecía a punto de naufragar, y el pequeño Perseo lloraba sin descanso. Lo único que lo aliviaba de su terror era un anillo de diamantes que Dánae llevaba puesto en un dedo, y que resplandecía en la oscuridad. Perseo creía que los diamantes eran como diminutos espejos que ahuyentaban a los monstruos. Fue la primera vez que los espejos le ayudaron a sobrevivir.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, Perseo y su madre vagaron sobre el mar a merced de las olas. Por fin, una mañana, las corrientes



acercaron el cajón hasta una isla, donde lo encontraron unos pescadores.

—¡Mirad! —exclamaron, muy asombrados—. ¡Hay una mujer y un niño en el cajón! ¡Llévemoslos ahora mismo ante el rey!

En la isla de Sérifos⁴ gobernaba el rey Polidectes, que acogió a los recién llegados en su propio palacio. Allí, Perseo creció hasta convertirse en un joven alto, apuesto y con fama de valiente que manejaba la espada a la perfección. Y todo fue bien hasta que Polidectes, casi sin darse cuenta, comenzó a desconfiar del joven.

Un día, mientras lo veía ejercitarse con la espada, le dio por pensar: «Este muchacho se ha ganado el aprecio de todo el mundo en Sérifos, y llegará muy lejos en la vida. ¿Quién sabe si algún día no se propondrá arrebatarme el trono? Los peores enemigos son los que actúan con disimulo, los que no nos hacen sospechar de su maldad hasta el momento decisivo...».

Polidectes se asustó tanto que decidió deshacerse de Perseo. Pero no se atrevió a matarlo con sus propias manos, ni a pedirles a sus soldados que lo hicieran por él, sino que buscó una manera más discreta y maliciosa de enviarlo a la muerte. Un día llamó a Perseo y le dijo:

—Un joven como tú, de sangre real, debe demostrar su valor con una gran hazaña.

—Haré lo que me pidáis —dijo Perseo, orgulloso.

⁴ Pequeña isla griega del mar Egeo, situada en las Cícladas occidentales.



Polidectes guardó silencio durante unos instantes, y luego, con un tono sereno que intentaba disimular su maldad, pues se trataba de una misión peligrosísima, añadió:

—Quiero que me traigas la cabeza de Medusa...

Medusa vivía en una cueva situada en el límite occidental del mundo, cerca del país de los muertos, y pasaba por ser uno de los monstruos más despiadados de la Tierra. En su juventud, aquel monstruo había sido una mujer muy hermosa, pero los dioses la habían castigado arrebatándole su belleza. Sus sedosos cabellos se convirtieron en fieras serpientes; sus ojos se transformaron en negros abismos; los dientes eran enormes y afilados, y su larga lengua estaba hinchada y rígida como la de un cadáver. Pero, además, por culpa del malféfico hechizo, Medusa convertía en piedra todo lo que miraba.

Perseo, sin embargo, no dudó en aceptar la misión. Por suerte, contó con la ayuda de los dioses para llevarla a cabo. Hermes⁵ le proporcionó unas sandalias aladas con las que pudo volar rápidamente hasta el lejano país de Medusa. Una vez allí, se coló en la guarida del monstruo, mientras se repetía sin descanso unas palabras que le había dicho la diosa Atenea⁶: «Pase lo que pase, nunca mires a Medusa a la cara porque, si lo hicieras, te convertirías al instante en piedra».

⁵ Dios griego, heraldo de los dioses. Corresponde al Mercurio de la mitología romana.

⁶ Diosa griega de la sabiduría, de la inteligencia, de las artes y de las ciencias. Corresponde a la diosa romana Minerva.



De modo que Perseo se acercó a Medusa sin mirarla directamente. Para verla, se valió de un escudo de bronce que le había proporcionado Atenea, y cuya superficie brillaba como un espejo.

Medusa rugió al ver a Perseo, pero el muchacho se mantuvo firme. Alzó el escudo, buscó en él el reflejo de Medusa y luego agarró con fuerza la única arma que llevaba consigo: una hoz⁷ con hoja de diamante que le había facilitado Hermes. El joven Perseo descargó un golpe brutal sobre el cuello de Medusa; entonces, la cabeza del monstruo, con sus miles de serpientes de larga lengua, rodó por el suelo hasta el fondo de la cueva. Luego, Perseo la recogió con mucho cuidado, sin mirarla, y la guardó en un zurrón que le había regalado Hermes para que pudiera transportar la cabeza sin peligro hasta Sérifos.

El viaje de vuelta fue durísimo. La cabeza de Medusa pesaba mucho y los vientos llevaban a Perseo de un lado a otro.

Una tarde, el joven decidió detenerse a descansar en una costa rocosa que distinguió en el horizonte. Al acercarse, observó que algo se movía en un acantilado, y enseguida se dio cuenta de que era una muchacha. Estaba casi a ras del agua, las olas le lamían los pies. ¿Qué estaría haciendo allí, encadenada a la pared del acantilado? Nada más verla sintió en el corazón el fuego del amor. Perseo voló hasta ella y le preguntó

⁷ Herramienta formada por una cuchilla afilada, larga y curva, de dientes muy agudos, y un mango de madera, que se usa para segar.



por qué estaba encadenada. Andrómeda⁸, que así se llamaba la joven, le contestó que era la hija del rey de Etiopía y le explicó su desgracia entre sollozos.

—Posidón, el dios del mar —dijo—, se enfadó tanto con mi madre que, como castigo, envió a un monstruo marino que lo ha arrasado todo. El oráculo⁹ anunció que la paz solo regresaría al reino si mi padre me entregaba al monstruo, y aquí estoy, esperando la muerte...

—¡Pero eso es una crueldad! —exclamó Perseo—. ¡Yo mismo mataré a ese monstruo en cuanto aparezca!

—¡Ni lo intentes! —advirtió Andrómeda—. ¡Esa fiera tiene la fuerza y el tamaño de un dragón...!

—¿Y qué importa? No le tengo ningún miedo. Tal vez no sea el hombre más fuerte del mundo, pero adonde no llegue mi fuerza, llegará mi astucia.

Así pues, Perseo se quedó junto a Andrómeda dispuesto a hacer frente al monstruo. No tardó en aparecer como una gran ola un monstruo que abarcaba toda la superficie del agua. Era una bestia descomunal que nadaba muy deprisa gracias a los poderosos músculos de sus aletas. Se parecía a una extraña ballena alargada, como una serpiente de tamaño colosal, cuyas gigantes

⁸ Hija de Cefeo y Casiopea, reyes de Etiopía, expuesta al monstruo como castigo de Posidón (dios griego del mar; el Neptuno romano) por haber comparado Casiopea su propia belleza con la de las Nereidas o ninfas del mar.

⁹ Mensaje o respuesta que las pitonisas y sacerdotes daban en nombre de los dioses a las consultas y peticiones que los fieles les formulaban.



espirales se marcaban mediante interminables anillos de escamas impenetrables. Su cabeza se parecía a la de un perro de caza, con dos inmensos colmillos. Hambrienta de carne, había emergido entre las olas con la boca abierta de par en par, decidida a destrozarse de una dentellada el frágil cuerpo de Andrómeda.

La muchacha soltó un grito estremecedor. Perseo, en cambio, se abalanzó sobre el monstruo desde el aire, con la hoz en la mano, y trató de herirlo de muerte. Desde aquel instante, el hombre y la bestia libraron una batalla encarnizada. Pero la lucha le exigía tal esfuerzo que, al final, el joven notó que comenzaban a fallarle las fuerzas. Ya estaba a punto de abandonar el combate, cuando tuvo una idea luminosa. Él mismo se lo había dicho a Andrómeda: «La astucia podía ser mucho más valiosa que la fuerza. Acabar con la bestia podía ser la cosa más sencilla del mundo».

Entonces, Perseo voló al acantilado, cogió el zurrón que había dejado junto a Andrómeda, lo abrió con los ojos cerrados y echó a volar de nuevo hacia el monstruo con la cabeza de Medusa en la mano. Solo con mirar a Medusa, la enorme bestia malherida y ensangrentada quedó convertida en una enorme montaña de coral en medio del mar.

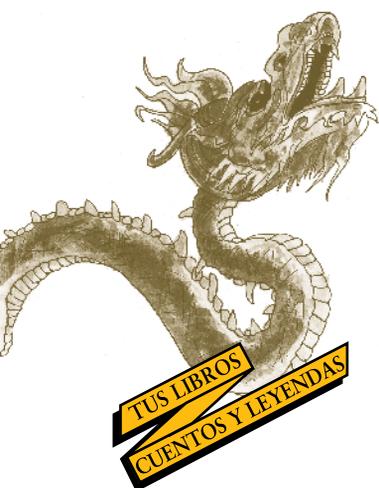
Exhausto, pero lleno de júbilo, Perseo se apresuró a liberar a Andrómeda de sus ataduras. La muchacha lo abrazó llorando, y cuando la miró a los ojos, sus palabras no dichas le aseguraron que la búsqueda de la mujer de sus sueños había terminado antes de comenzar.



El joven semidiós obtuvo la mejor recompensa a la que podía aspirar: se casó con Andrómeda, con quien habría de tener seis hijos. Por supuesto, volvió a Sérifos para entregarle a Polidectes la cabeza de Medusa. Se la ofreció encerrada en el zurrón, pero como el rey no pudo resistir la tentación de mirarla, acabó convertido en piedra.

En cuanto al escudo con el que había vencido a Medusa, Perseo lo conservó hasta la vejez, y a veces le sacaba brillo durante horas. En algunas ocasiones en que Andrómeda estaba tan hermosa que casi daba miedo mirarla, Perseo apartaba la vista y contemplaba su reflejo en la superficie del escudo: «¿Quién sabe? —se decía—, a lo mejor también la belleza puede convertir a los hombres en piedras».

El monstruo asoma en el folclore de todas las culturas y es uno de los grandes referentes de la literatura universal y, por supuesto, del cine. Casi todos los seres monstruosos de las narraciones de todos los tiempos reflejan una visión del mundo similar: todos parecen atados a la proyección que tenemos del otro, del diferente, del deforme, del extraño; de la fealdad entre la belleza, de la maldad frente a la inocencia... Seres que nos mueven a la curiosidad, a la burla, al miedo o al desprecio, los monstruos simbolizan las contradicciones y los miedos propios de la condición humana.



www.anayainfantilyjuvenil.com

1566535

ISBN 978-84-678-4058-2



ANAYA